EVANGELIZACIÓN FAMILIAR
Soporte Pastoral para las parejas líderes
Boletín Digital 75

FAMILIAS MISERICORDIOSAS COMO EL PADRE

Fuerza en la debilidad

PROPÓSITO:

Comprender que la enfermedad, aunque significa una pérdida de nuestra salud física y/o mental, puede convertirse, con la ayuda de Dios, de nuestra familia y de la comunidad eclesial, en una oportunidad de crecimiento y maduración espiritual que fortalezca los vínculos familiares y ayude a la comunidad.

ILUMINACIÓN BÍBLICA:

2 Corintios 12, 8-10

"Tres veces pedí al Señor que me librara, pero él me respondió: "Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad". Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí, el poder de Cristo. Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte".

PREGUNTA ORIENTADORA:

¿Cómo solemos asumir nuestras fragilidades físicas o mentales y las enfermedades personales o de los otros miembros de la familia?

PASOS PARA LA REFLEXIÓN:

Lectio Divina	
Lectura	¿Qué dice el texto?
Meditación	¿Qué me dice el texto?
Oración	¿Qué le digo al Señor?
Contemplación	¿Qué me hace decirle al Señor?

ILUMINACIÓN DE LA REALIDAD (Contextualización):

- Fuerza en la debilidad: La salud es un bien que todos queremos tener pero que desde que nacemos se nos muestra esquivo, pues todos desde que estamos pequeños experimentamos la fragilidad a través de enfermedades que deterioran nuestra salud de manera lenta o a veces rápida. La pérdida progresiva o inesperada de la salud, la aparición de limitaciones físicas y/o mentales, el nacimiento de un hijo con dificultades de salud, o el deterioro en la salud de los ancianos, etc., generan unas experiencias de duelo tanto en quien padece la enfermedad, como en la familia que acompaña, e implica reorganizar la vida familiar, redefinir prioridades de todo tipo y poco a poco ir asimilando la nueva situación, hasta que pueda ser superada e integrada a la vida de familia. Podemos convertir estas situaciones en oportunidades para crecer en nuestra cercanía con Dios y para fortalecer los vínculos familiares, aceptándolas con paciencia y docilidad y confiando en que el Señor, se compadece de nosotros y nos hace fuertes en la debilidad.

- Amor familiar que sana: Los lazos de amor que unen entre sí a los miembros de una familia son tan fuertes, que cuando uno de ellos sufre, todos los otros sufren, especialmente los padres. "Para un padre y una madre muchas veces es más difícil soportar el dolor de un hijo, de una hija, que el suyo propio. La familia, ha sido siempre el "hospital" más cercano". Es en el calor del hogar donde se hace más llevadero el sufrimiento que genera una enfermedad, porque el amor y el cariño en el cuidado, se convierten en la mejor medicina y bálsamo consolador, "son la madre, el padre, los hermanos, las hermanas, las abuelas quienes garantizan las atenciones y ayudan a sanar" (Francisco 10/06/2016). Cuando como familia vamos creciendo en la compasión y el compromiso con quien está enfermo, nos vamos educando en la solidaridad frente al sufrimiento de los demás y en la manera de asumir los propios sufrimientos.

- Una comunidad que acompaña: Cuando por diversas circunstancias la familia no está presente para cuidar a quien está enfermo, la comunidad eclesial debe hacer sentir su presencia, como lo ha hecho a lo largo de la historia de la Iglesia, manifestando la belleza de la fraternidad que envuelve al miembro más frágil. "La comunidad cristiana sabe bien que a la familia, en la prueba de la enfermedad no se la puede dejar sola, que debe ayudar a las familias a pasar por el difícil momento del dolor y el sufrimiento. Esta cercanía cristiana de familia a familia es un verdadero tesoro para una parroquia; un tesoro de sabiduría que hace comprender el reino de Dios, mejor que muchos discursos. Son caricias de Dios" (Idem).

- Compasión amorosa de Dios: Cuando nosotros o algún miembro de nuestra familia, enfrenta una situación de pérdida de la salud, de sus capacidades físicas o mentales, podemos estar seguros de que nunca estamos solos, porque Dios no solo está a nuestro lado sosteniéndonos y confortándonos, sino que está dentro de nosotros mismos, sufriendo, padeciendo con nosotros. Si meditamos en el Evangelio, vamos a encontrar a Jesús, compadeciéndose del sufrimiento de todos aquellos que encontraba en el camino: de quienes tenían un familiar enfermo (Mt 8,14), en peligro de muerte (Lc 8,40/Mt 15,21) o que ya habían muerto (Lc 7,11/Jn 11,38/Mc 5,21). "Jesús nunca se negó a curarlos. Nunca pasó de largo, nunca volvió la cara hacia otro lado. Y cuando un padre, o una madre o incluso sencillamente personas amigas, le llevaban un enfermo para que lo tocase y lo curase, no se entretenía con otras cosas; la curación estaba antes que la ley, pues el amor de Jesús era dar la salud, hacer el bien: y esto va siempre en primer lugar" (Idem).

FOCALIZACIÓN DE LA REFLEXIÓN:

¿Qué es lo que más nos cuesta asumir en la enfermedad personal o de algún miembro de la familia?

¿Cómo vivimos la solidaridad y el cuidado de los enfermos o los ancianos en nuestra familia?

¿De qué manera la enfermedad de algún familiar ha contribuido a fortalecer el vínculo familiar?

COMPROMISO:

Como pareja y familia acompañemos con cariño a algún familiar enfermo o a alguna familia de la comunidad parroquial que lo tenga.